

## PEREGRINOS Y PASTORES TRASHUMANTES, COMPAÑEROS DE SOLEDADES.

Manuel Rodríguez Pascual

Asociación de Amigos del Camino de Santiago de León

Hay personajes en la historia de España que han pasado desapercibidos, casi de puntillas y que sin embargo han dejado una huella importante en nuestra cultura y patrimonio. Me estoy refiriendo a los peregrinos jacobeos y a los pastores trashumantes. Ambos grupos, guardan ciertas similitudes, aunque también fuertes diferencias. Los primeros, son tal vez más conocidos, sobre todo a partir del auge que toman las peregrinaciones a Santiago en el último cuarto del siglo XX; los pastores, han sido casi siempre personajes anónimos y desconocidos para la mayor parte de la sociedad. El rasgo más común que les ha unido durante siglos es la soledad, el caminar, el no parar hasta llegar a su destino, el no detenerse ante nada -fríos, lluvia, viento, nieve- y ante nadie -guerras, conflictos políticos, económicos o sociales-, con tal de llegar a la meta soñada, que para unos será Compostela y para otros los pastos de Extremadura o las altas majadas de las montañas del Norte. A los primeros, les mueve, en general, el motivo religioso -ahora cultural-, a los segundos, el económico, el ganarse el sustento a través de su rebaño. Pero en común, la Fe, la mirada siempre puesta en un ser supremo que guía sus pasos y el de su rebaño por el buen camino o la cañada adecuada.

Pero estos personajes, no son nuevos, sino que tienen a sus espaldas muchos siglos de historia y de duro trajinar de un extremo a otro de la vieja piel de toro. Una historia importante, a veces poco conocida de la que voy a dar algunas pinceladas, sobre todo de los pastores menos conocidos y valorados. He tenido la gran fortuna de vivir ambos mundos: como peregrino, la primera vez, en el año 1965 -con apenas 16 años- en que cinco amigos del colegio decidimos ir desde León a Santiago andando, cuando el camino era aún cosa de quijotes, no estaba señalizado y los albergues no existían. Con los pastores trashumantes, muchas experiencias durante una década, plasmadas en mi reciente libro: *“La Trashumancia. Cultura, cañadas y viajes”*.

Como es bien conocido, a comienzos del siglo IX se divulgó por Europa la aparición en Galicia del sepulcro del apóstol Santiago, iniciándose muy pronto el movimiento de peregrinos hacia la tumba del apóstol, aunque no sería hasta el siglo XI cuando el camino toma auge en su triple carácter religioso, económico y cultural, manteniendo su importancia durante los siglos XII y XIII. Después, con el avance de la Reconquista hacia el sur, otras ciudades toman importancia -Salamanca, Toledo, Córdoba, Sevilla, etc.-, perdiendo vitalidad el Camino y Compostela, pero recobrando las peregrinaciones su primitivo carácter religioso. Posteriormente, en los siglos XIV, XV y XVI se acentúa la decadencia del Camino que ya nunca volverá a tener la importancia de principios del siglo XII, cuando un obispo emprendedor, Diego

Gelmírez, convirtió su sede en arzobispado. Sólo en los siglos XVII y XVIII, se recuperan algo las peregrinaciones -sobre todo de franceses- que propiciaron un fuerte impulso del arte barroco, bien presente en el Camino y en Santiago.

También la trashumancia o movimiento estacional del ganado a grandes distancias en busca de pastos y agua, es un fenómeno muy antiguo cuyo origen se remonta a los pueblos prerromanos de la Península Ibérica. Durante los siglos XI y XII, ya se daban movimientos ganaderos de cierta entidad, aunque con muchas dificultades, entre las montañas que bordean la cuenca del Duero y los amplios pastos situados al sur de los ríos Tajo y Guadiana, los denominados “extremos” o Extremadura. Ambos recursos –sierras y extremos en el lenguaje pastoril-, se complementan perfectamente por su diferencia en altitud, clima y suelo. Sin embargo, la trashumancia no progresaría hasta finales del siglo XII, a medida que la Reconquista iba dejando terrenos libres. En 1273, Alfonso X, crea el Honrado Concejo de la Mesta, asociación de pequeños ganaderos provenientes de las sierras de León, Soria, Cuenca y Segovia que buscan el apoyo y la protección regia para realizar sin problemas sus largos desplazamientos anuales -hasta 700-800 km-, en busca de los mejores pastos para sus ganados.

En el siglo XI para facilitar el desarrollo de las peregrinaciones, Sancho el Mayor de Navarra y su nieto Alfonso VI de León, reparan el camino a Santiago, restauran los puentes y dictan normas de protección al peregrino. En 1130 el clérigo francés Aymerico Picaud, escribe la primera guía del peregrino a Compostela. De esta forma, queda expedito y conformado el denominado Camino Francés que llega a Santiago desde los puertos pirenaicos de Roncesvalles y Somport.

De igual forma, para el desarrollo de la trashumancia se trazaron y reglamentaron durante los siglos XIV y XV una amplia red de vías pecuarias de diferente anchura – hasta 75 m- e importancia (Cañadas, cordeles y veredas) de 125.000 km de longitud en las que los rebaños se alimentan mientras se desplazan. También los reyes conceden a La Mesta y a los pastores numerosos privilegios recopilados en la obra cumbre *Quaderno de Leyes de la Mesta de 1731*, la colección legal más amplia que estará vigente hasta la extinción del gremio.

Con el auge de las peregrinaciones jacobeanas, en el siglo XII, nos llega el arte románico de la mano de los monjes benedictinos de Cluny, con su poderoso monasterio de Sahagún. Gracias a ellos y a los canteros de la época aún podemos observar en cada equinoccio el milagro de la luz incidiendo sobre los bellos capiteles de las iglesias de San Juan de Ortega (Burgos) y Santa Marta de Tera (Zamora).

Pero tan importante como el románico, fue la selección de la oveja merina -un milagro genético- en el siglo XIV, obra de humildes pastores, habitantes de las citadas sierras, cuya lana fina y sedosa pronto revolucionará los mercados internacionales. De esta forma, durante cinco siglos -XIV al XVIII-, la lana castellana y leonesa mantendrá la primacía en los mercados europeos y será la principal fuente de riqueza para nuestro país. Esto hará que los reyes dispensen un gran proteccionismo a esta actividad, que alcanza su máximo grado con los Reyes

Católicos (1474-1516). En el siglo XVI y la primera mitad del XVIII se alcanza la cumbre del negocio lanero y el ovino trashumante superará la cifra de tres millones y medio de cabezas. El siglo XIX con sus profundos cambios socio-económicos y la Guerra de la Independencia, propicia la salida masiva de nuestros merinos a otros países, hasta entonces prohibida, dando al traste con el monopolio lanero que mantenían los reinos de Castilla y León y con su principal fuente de riqueza. En 1836, desaparece La Mesta y sus privilegios. Pero a pesar de las dificultades, igual que las peregrinaciones, la trashumancia logra alcanzar el siglo XXI.

El Camino Francés, principal vía de peregrinación a Santiago, lleva dirección Este-Oeste (Oriente a Occidente), mientras que las cañadas de La Mesta seguían la dirección Norte-Sur. Esto propiciaría frecuentes encuentros entre peregrinos y pastores cuando ambos trazados se cruzaban -sobre todo al atravesar las provincias de Burgos, Palencia y León- y ambos grupos cambiarían al menos un saludo, antes de continuar viaje. Esto ocurriría por ejemplo en El Burgo Ranero, junto a la Laguna Manzana, donde los pastores descansan brevemente, mientras los rebaños abreven; en el Monte de Carrión, donde la Cañada Leonesa Oriental, atraviesa la "*parva*", como denominan los lugareños al camino de peregrinación; o quizás en las mismas puertas de León, detrás de la Catedral, al lado de San Isidoro, o junto a la fachada de San Marcos, donde los pastores, hacían un breve descanso.

En otras ocasiones, el Camino Francés se superpone con veredas ganaderas -anchura inferior a 20 m-, como es el caso de la práctica totalidad de su recorrido por La Rioja, o con cordeles y cañadas ganaderas de mayor amplitud, como es el caso del trayecto entre Mansilla y Foncebadón, pasando por León y Astorga. En estos casos, pastores y peregrinos caminan juntos, quizás en silencio, cada uno pendiente de sus pensamientos y obligaciones. A veces, los pastores también compartirían charla y quizás algo de su comida -cecina, jamón o queso- y vino con los peregrinos que suben a Compostela por la Vía de la Plata o Camino Mozárabe procedentes de importantes ciudades del Sur como Cáceres, Sevilla o Córdoba. Como en otras ocasiones, la Cañada, en este caso La Vizana, se funde con la Vía de la Plata en numerosos tramos y con la calzada romana. De nuevo, peregrinos de diferente origen y pastores confraternizaran junto a Puerta Sol en Astorga, encrucijada de diferentes caminos y vías pecuarias.

En diferentes épocas del año, los pastores se volverán a encontrar en muchos tramos de cañadas y en las lindes de las dehesas extremeñas donde pasan el invierno con sus ganados, con los peregrinos que acuden a rendirse a los pies de la Virgen Morena de Guadalupe, patrona de Extremadura, de la Hispanidad y hasta de la Trashumancia. Hay que tener en cuenta que durante los siglos XV al XVIII, el Monasterio de Guadalupe, gran centro de cultura y arte, fue la meta de devoción peregrina más importante de España, eclipsando a la misma Compostela.

A pesar de ciertas similitudes, la vida del pastor trashumante siempre fue mucho más dura y sacrificada que la del peregrino. Aunque, éste último, realizaba largos y penosos viajes desde el centro de Europa hasta alcanzar los pies del apóstol y viceversa, siempre realizaba, generalmente, un viaje único en su vida para ganar el

jubileo; por su parte, los trashumantes repetirán el ciclo año tras año, cada primavera y otoño sin parar, treinta, cuarenta o incluso cincuenta veces en su vida, como una larga condena. Al peregrino medieval y también el actual, después de cada etapa siempre le esperaba un hospital o albergue, una ducha –al menos una pila con agua- y un colchón; al trashumante, aún hoy en día, después de una dura jornada de marcha con su ganado, sólo le queda el recurso de lavarse en una fuente o arroyo y dormir en pleno campo, a la estrella, cobijado entre unas mantas y si llueve acurrucado debajo del paraguas.

El mismo tiempo que tarda en la actualidad un peregrino desde Roncesvalles a Santiago (750 km), unos 30 días, era el que empleaban, aproximadamente, los pastores trashumantes para desplazarse con sus ganados desde la montaña leonesa a los pastos de La Serena en Badajoz; así, con tiempo bueno o malo, con frío o con nieve, con lluvia o con un sol abrasador. Durante las duras jornadas, de 20-25 km diarios, el pastor apenas tiene tiempo de prestar atención a sus fatigados pies ya que debe estar siempre pendiente del ganado, para que coma, beba agua y no se salga de los límites de la cañada. Incluso por la noche, en las zonas lobunas, permanecerá velando por turnos toda la noche, en compañía de su fiel Mastín. Bien diferente, será la situación del peregrino, sólo pendiente de sí mismo, de sus fuerzas y de alcanzar antes de que anochezca el próximo hospital donde tendrá lumbre y un plato caliente.

Por el camino de Santiago transitaron durante siglos, toda clase de personajes: reyes y plebeyos, santos y pecadores, eclesiásticos y seglares, pacíficos penitentes y pícaros redomados; todos ellos han dejado una huella permanente e imborrable que ha llegado a nuestros días en forma de arquitectura, costumbres, folclore, leyendas y tradiciones.

En contraposición, por la cañadas, sólo transitaron los pastores, personas humildes, sencillas y abnegadas, pero a su vez cargadas de una gran cultura empírica y que sin saberlo escribieron la gran epopeya de la trashumancia que durante más de siete siglos ha pasado totalmente desapercibida. Hombres duros, recios, acostumbrados a permanecer siete meses en la soledad de Extremadura, separados de la mujer y los hijos que permanecen en la montaña. Igualmente, están bien adaptados a las duras condiciones de las majadas de la montaña, en las que durante el verano conducirán el rebaño por riscos y veredas, enfrentándose sin miedo a las tormentas, al lobo y al oso en defensa de su rebaño. De nuevo, la soledad será su compañera inseparable. Pero esta soledad, se convierte, en muchos casos -sobre todo en Extremadura-, en fuente de inspiración y creatividad, plasmándose en excelentes objetos de artesanía elaborados con los materiales a su alcance (madera, corcho, lana, pieles, asta de vaca) que el pastor ofrecerá a su regreso a casa, como el mejor regalo, a su novia, mujer, hijos o personas a las que quiere agradecer algún favor.

Igual que las peregrinaciones, la trashumancia, también ha dejado una huella indeleble, en la cultura, folclore, gastronomía e incluso en la arquitectura popular (chozos, fuentes, abrevaderos, puentes, ranchos de esquileo, etc.). No obstante, el legado más importante, además de la raza Merina –ahora extendida por todo el mundo-, han sido los paisajes que estas actividades han generado durante siglos por la

interacción del pastor y su rebaño sobre el medio. Efectivamente, gracias a la trashumancia, ha sido posible el mantenimiento de ecosistemas de gran interés como son las dehesas extremeñas, los pastos de altura de la montaña Cantábrica, así como un sinfín de espacios naturales de enorme valor ecológico y ambiental.

Peregrinos y pastores, siguen caminando en pleno siglo XXI. Muchos peregrinos, a pesar de las prisas actuales y de los rápidos transportes, prefieren seguir realizando el camino a pie, como hace siglos, buscando el arte y la cultura, o quizás, la propia identidad, o tal vez, la luz que les haga salir de la crisis y desorientación en la que estamos sumergidos. Por su parte, los pastores, siguen desplazándose a pie por las cañadas cuando los recorridos son cortos, generalizándose, cuando las distancias son largas, el transporte en rápidos camiones que en pocas horas trasladan sus rebaños desde las montañas a las dehesas del sur. No obstante, a pesar del teléfono móvil y del vehículo todo terreno, la soledad y el aislamiento, siguen siendo los compañeros inseparables de los pastores y la falta de reconocimiento social hacia su labor, la asignatura pendiente de la sociedad.

Organismos públicos y asociaciones culturales promocionan en la actualidad la Ruta Jacobea como vehículo de cultura y hermanamiento entre pueblos. Recibe distinciones como *Patrimonio de la Humanidad* o *Itinerario Cultural Europeo* concedidas por la UNESCO y el Consejo de Europa, respectivamente. Se mejoran las infraestructuras, se construyen numerosos albergues, y de nuevo el Camino se llena de peregrinos en busca de sensaciones. Por el contrario, las cañadas se vacían y los montes agonizan por falta de atención. El mismo trato, deberían recibir las cañadas para las que desde hace años se demandan los mismos reconocimientos y también los pastores para que esta ancestral cultura no muera y ambos "compañeros de soledades" se sigan encontrando en los caminos por lo menos algunos siglos más.